

# EL AÑO DE SAN PABLO

Por: Teresa Rosero

Sólo unos pocos años separan el nacimiento de Cristo del nacimiento de Pablo. Según los historiadores, Pablo nació entre los años 6 y 10, después de Jesús. Nuestro Redentor nació en una cueva de Belén, localizada en lo que hoy es Israel; Pablo nació en Tarso, una ciudad comercial de entonces, localizada en lo que hoy es Turquía.

En el año 2000, guiados por nuestro Santo Padre de entonces, Juan Pablo II, celebramos el gran jubileo del nacimiento de Cristo. En el año 2009, guiados por nuestro actual Papa, Benedicto XVI, vamos a celebrar otro gran jubileo, el nacimiento de San Pablo. El 28 de junio de este año, 2008, en el Servicio de las Vísperas, en la Basílica de San Pablo Extramuros, donde está la tumba de San Pablo, en Roma, Benedicto XVI inaugura y proclama un año conmemorativo dedicado a este gran apóstol. El año correrá del 29 de junio, 2008, hasta el 29 de junio, 2009.

Esta es una gran oportunidad para empaparnos del legado que nos dejó este gran hombre. Pablo no es solamente el apóstol, como él se llama a sí mismo, sino además, el misionero, el teólogo de las enseñanzas de Jesús, el escritor y autor de 13 Cartas llamadas Epístolas, incluidas en el Nuevo Testamento.

Pero Pablo no fue siempre un seguidor de Jesús. De hecho, fue enemigo y perseguidor de los cristianos. El libro de los Hechos de los Apóstoles (7,55-58) narra la lapidación de Esteban, y cuenta que “le arrastraron fuera de la ciudad y empezaron a apedrearle. Los testigos depusieron sus mantos a los pies de un joven llamado Saulo.” En 8,3 leemos que “Saulo hacía estragos en la Iglesia; entraba por las casas, se llevaba por la fuerza hombres y mujeres, y los metía en la cárcel.” Este joven Saulo, que entonces tendría entre 23 y 26 años, es el que hoy conocemos como el gran San Pablo. Pablo es su nombre romano; Saulo es su nombre hebreo. De hecho, así lo llama una voz del cielo envuelta en una luz que lo cegó y lo hizo caer en tierra cuando él iba hacia Damasco en búsqueda de cristianos para apresarlos: “Saulo, Saulo, ¿Por qué me persigues?” (Hechos 9,4). Seguidamente, Pablo, desconcertado y asustado, hace una pregunta que nos hace percibir que Pablo está impactado y tocado profundamente. La humanidad de Pablo y la divinidad de Jesús se encuentran; Pablo no ve con los ojos; pero una nueva luz le abre la mente y el corazón. Reconoce una fuerza mayor que le hace reconocer al “Señor” y queriendo saber más le pregunta ansiosamente: “¿Quién eres, Señor?” (9,5) Y el Señor se identifica: “Yo soy Jesús, a quién tú persigues.”

Ah, qué momento. Es el encuentro de éxtasis del que ama y del que se deja amar. Pablo se rinde ante tanta grandeza, y ante tanto amor. Él, el joven educado e instruido desde niño en las Sinagogas como un fariseo estricto y fiel a la ley de Moisés, permite que un discípulo de Jesús, Ananías, imponga sus manos sobre él y ore para que el Espíritu Santo venga sobre él. Pablo se sana de su ceguera, y empieza su gran misión. El mismo celo y pasión que tenía por su religión, el Judaísmo; ahora lo tiene por Jesús. Se convierte en el misionero incansable; predica las enseñanzas de Jesús a autoridades, gobernadores y reyes. Es arrestado y enviado a la cárcel varias veces; y finalmente es martirizado dando testimonio de su gran amor por Cristo.

Cómo no empaparnos de la vida y enseñanzas de un seguidor de Cristo, como San Pablo. Este año debe ser una inspiración para todos nosotros. Vamos a formar una escuela paulina en nuestras parroquias. Todos nuestros grupos deben buscar temas de Pablo para las enseñanzas, y todos nosotros en nuestras casas debemos leer, meditar y profundizar más en la vida y escritos de este gran apóstol.

¡Aceptemos la invitación de Benedicto XVI, y celebremos este gran jubileo! ¡Gracias Señor por la vida de San Pablo!